

—Duque, es necesario que te cases para no privar al Trono del firme puntal de los Maluenda.

—Majestad—repuso el duque—como vuestros deseos para mí son órdenes, solo espero me designeis, honrándome así con ello, a la futura duquesa.

—¡Oh!, no duque!; escógela tú libremente. No te será difícil encontrándose en Palacio toda la nobleza de mi Corte.

—No es empresa tan sencilla la elección, como vuestra Majestad considera.

—No dirás eso luego de ver aquella rubia angelical, que a su gran belleza une la primogenitura del marquesado del Sauce, de real ascendencia como sabes.

—La conozco, Majestad...

—Como tampoco has de afirmarlo cuando admires a aquella gentil morena, que al encanto de unos ojos verdes, tan bellos como enigmáticos, suma la baronía del Olivar, de preclara y esclarecida estirpe.

—Señor, también me es conocida.

—¡Oh!, entonces, duque, contempla—que esta si ha de cautivarte—a la linda doncellita que del brazo va del conde de la Espuela, y que aventaja en hermosura y distinción—un sol que eclipsa a dos soles—a la marquesita del Sauce y a la baronesita del Olivar.

—Majestad...

—¿La conoces también?

—No, Majestad. El que la conoce es el conde de la Espuela.

—¡Querido duque—exclamó el Rey—: veo con sentimiento que el ducado de Maluenda está destinado a vacar después de tu muerte! ¡Allí es nada pretender hallar una mujer *desconocida* totalmente! Ello es tan difícil como encontrar un diamante perdido en alta mar. ¡Vive Dios, que sois exigentes!

III

Tan escrupuloso como en la elección de compañera mostrábase el prócer en la de amistades. Y como era intransigente en puntillos de honor, y en pureza de linaje exigía más de la cuenta, rarísimo era el amigo que lograba mantenerse en el plano exigido por el de Maluenda para alcanzar y conservar su estimación, ya que él no perdonaba una claudicación.

Hasta el actual momento, sólo el marqués de la Oración fué digno de ser su entrañable, el único que mereció, por su origen y sus dotes, el alto honor de ser su par; pues que les unía un mismo y elevado sentimiento: la exaltación de la sangre azul.

La proceridad de ambos amigos, el modo de apreciar las cuestiones de honor, su caballerosidad extremada, y, sobre todo, la inquebrantable entereza de carácter, hizoles por algún tiempo, indispensables testigos de todos los duelos en la Corte suscitados, pues la